

La calle para el jueves 11 de marzo de 2010
Diario de un espectador
Sherlock Holmes
por miguel ángel granados chapa

Hemos de confesar que contamos en el número de los espectadores que se sintieron traicionados por Guy Ritchie, el director de *Sherlock Holmes*, la más reciente versión filmica del personaje de Arthur Conan Doyle. Nos chocó su conversión en superhéroe dado a la violencia y a la admiración de sí mismo, de sus atributos físicos. Por eso hemos leído con gusto el texto de Guillermo Vega Zaragoza en el número de marzo de la *Revista de la Universidad de México* que pone las cosas en su lugar:

“Enconada polémica ha causado la película *Sherlock Holmes* dirigida por el cineasta inglés Guy Ritchie y estrenada mundialmente el primer día de 2010. Para algunos, el también director de cintas como *Lock, Stock and Two Smoking Barrels* (*Juegos, trampas y dos armas humeantes*, 1998) y *Snatch* (*Cerdos y diamantes*, 2000) se tomó demasiadas libertades al ‘modernizar’ al detective por antonomasia, creado por su compatriota sir Arthur Conan Doyle convirtiéndolo en una especie de Batman decimonónico en lugar de conservarlo como el paladín de la inteligencia y la deducción que resuelve los enigmas criminales más enrevesados.

Pero, ¿en verdad al ex esposo de Madonna se le pasó la mano o en realidad, como lo ha sostenido en diversas entrevistas, fue especialmente cuidadoso en respetar el canon establecido por Conan Doyle en los nueve libros y sesenta relatos clásicos que cuentan las historias originales del detective de Baker Street?

En principio, hay que tener en cuenta que el dato de que el Libro de los records Guinness señala a Sherlock Holmes como ‘el personaje más interpretado en películas’, con cerca de cien actores haciendo el papel en más de doscientas cintas en una docena de naciones.

Sin embargo, a fin de desentrañar el misterio, habría que remitirse a la persona misma que sirvió de modelo para la creación de Sherlock Holmes. Por ello es necesario recordar que, antes de volverse un escritor mundialmente famoso, Arthur Conan Doyle era un sencilló médico inglés, descendiente de una familia devotamente católica. No tenía muchos pacientes y en realidad a lo que quería dedicarse era a escribir novelas históricas. Empezó a publicar relatos en varias revistas literarias a principios de la década de 1880 con cierta aceptación de la crítica, aunque su sueño era terminar una novela.

De pronto, a principios de 1886 --nos cuenta John Dickson Carr en la biografía del escritor (Editorial Renacimiento, México, 1960)—Conan Doyle se preguntó: ¿por qué no una novela detectivesca? Acababa de leer un par de obras de Emile Gaboriau: *Monsieur Lecoq* (*El señor Lecoq*, 1869); *L’Affaire Lerouge*, 1866) y *La claqué dorée* (*La pandilla dorada*, 1871), que le parecieron escritos por un Wilkie Collins ‘corregido y aumentado’. Mientras observaba las acuarelas pintadas por su padre colgadas en la pared, Conan Doyle pensó que lo primero que necesitaba era un modelo para su

detective. No tuvo que ir muy lejos: recordó que en la escuela de medicina en Edimburgo, 'había un individuo flaco, de largas manos blancas y diestras y una mirada algo burlona, cuyas deducciones sorprendían a los pacientes.... Se trataba del doctor Joseph Bell, que había sido su maestro y tenía una vocación y una habilidad extraordinaria: podría enfrentar a una persona totalmente desconocida y simplemente con mirarla, deducir su nacionalidad, sus costumbres, su trabajo..”.

Seguiremos mañana.